



ACTO QUINTO.

ESCENA I.

DOÑA LUISA, TOMASA, D. MANUEL.  
Y PERICO.

MANUEL.

¡Ay Perico! Es imposible  
que le hayan buscado bien.

PERICO.

Lo que yo digo también,  
es que parece increíble,  
cómo diablos no he podido  
encontrar con su guarida.

MANUEL.

¿Fuiste Perico en seguida  
al correo?

PERICO.

He recorrido  
en el tiempo que tardé  
desde casa hasta el correo,  
desde el prado al coliseo,  
sin dejar fonda, café,  
bodegón, casa de trato;  
y en fin aunque tú me riñas  
escuelas, maestras de niñas  
y gente de garabato.

TOMASA.

Es inútil, lo repito,  
en tales partes buscarle,  
aquel que quiera encontrarle  
es fuerza vaya al garito.

LUISA.

Aunque Perico lo niegue  
donde es el juego no ignora.

PERICO.

Yo le diré á vd. señora,  
según al juego que juegue.  
Si es al monte, tiene un ciento  
de escondites y encerronas,  
donde casas y personas  
cambian á cada momento,  
y donde el dueño ó la dueña  
á ninguno deja entrar,  
si no le rinde al llamar,  
santo, seña, y contraseña;  
pero si fuera por cierto

al billar ó al dominó,  
muy pronto le hallara yo  
en yendo al billar del tuerto.

TOMASA.

Según eso, pese á tal,  
¿don Carlos, juega á mil cosas?

PERICO.

Si le llaman las hermosas  
el jugador general.  
Pero tate, ya está aquí  
quien nos dirá la verdad.

LUISA.

¿Será por casualidad  
su amigo Jacinto?

PERICO.

Sí;

y se puede asegurar  
que si el tal Jacinto ignora  
en donde está, desde ahora  
se le debe pregonar.

## ESCENA II.

DON JACINTO Y DICHOS.

LUISA.

Si por ser vos caballero  
y yo mujer afligida,  
tiene mi ruego cabida,  
que le concedáis espero,

JACINTO.

Señora, cuanto yopueda....

LUISA.

Quisiera de una verdad  
enterarme.

JACINTO.

Preguntad.

LUISA.

¿Dónde queda Carlos?

JACINTO.

Queda....

¿qué la diré? *(aparte.)*

LUISA.

¿Titubeáis?

JACINTO.

En cualquier parte, señora  
en que se encuentre, os adora.

TOMASA.

No sé por qué preguntáis  
lo que sabe esta muchacha.

LUISA.

¿Y qué sabes tú?

TOMASA.

¿A que juega  
don Carlos, y no lo niega  
don Jacinto facha á facha?

JACINTO.

Señores, estoy de prisa  
permitid....

MANUEL.

No puede ser:  
es fuerza satisfacer  
desde luego á doña Luisa.

JACINTO.

¿También usted?

MANUEL.

¿Por qué no?

JACINTO.

Perico. *(á media voz.)*

TOMASA.

¡Calla! Secreto, *(aparte)*  
¿y con este buen sujeto?  
No será viviendo yo. *(agarra á Perico  
de un brazo.)*

PERICO.

Tomasilla, ¿por qué así  
me sujetas prisionero?

TOMASA.

Perico, porque ni quiero,  
ni puedo confiar en tí.

MANUEL.

Vamos, don Jacinto, hablad.

JACINTO.

¡Es terrible compromiso! *(aparte)*

LUISA.

¿Todavía estáis remiso?

JACINTO.

¿Lo queréis? Pues escuchad:  
don Carlos está jugando....

TOMASA.

Lo dije....

LUISA.

¡Nueva funesta!

JACINTO.

Pero en esto manifiesta,  
lo mucho que os está amando;  
pues conociendo su ardor  
por el juego, pierde adrede,  
porque sin dinero puede  
pensar mejor en su amor.

LUISA.

Temiendo estaba eso mismo:  
¡qué loco! ¡qué fiero exceso!

JACINTO.

Más no negaréis que en eso  
hay su poco de heroísmo.

LUISA.

¿Así burla el imprudente  
sus promesas y mi ruego?

JACINTO.

No os quejéis, porque el juego  
os venga perfectamente:

si vd. le viera en la lid,  
con los bolsillos de fuera,  
atacar como una fiere,  
defenderse como un cid,  
no le negara, á fe mía,  
con vuestro aprecio su gloria,  
que quien vende la victoria  
tan cara la merecía.  
Allí con ojos insanos  
y semblante macilento,  
ora observa el movimiento  
de las enemigas manos;  
ora tajos y reveses  
tira mil, ora estocadas  
á veces afortunadas,  
y sin fruto las más veces.  
Mas si imparciales acciones  
alguna ventaja alcanza,  
pronto pierde la esperanza  
al mirar sus escuadrones  
rotos, deshechos, vencidos,  
abandonar los aceros,  
y rendirse prisioneros  
á jefes más aguerridos.  
Entonces el general  
llama á tropas auxiliares,  
se expone á nuevos azares  
y precipita su mal.  
En vano la línea muda,  
tiene escuchas, busca espías,  
ó con nuevas baterías

su debilidad escuda:  
todo en vano: la derrota  
se completa prontamente,  
y quedándose sin gente,  
y sudando gota á gota,  
y ya rojo, ya amarillo,  
termómetro es su color  
que manifiesta el calor  
ó el hielo de su bolsillo.  
Cede en fin, huye el cuitado,  
y con vergüenza se esconde  
en un rincón, desde donde  
ve su campo destrozado:  
mas con todo, en tal afán,  
aun no pierde la cabeza,  
y lo prueba con destreza  
nombrándome su edecán.

TOMASA.

¿Y le dejáis caballero  
en situación tan acerba?

JACINTO.

Vengo á buscar la reserva.  
Perico dame dinero.

PERICO.

¿Señor Don Manuel le doy  
diez onzas que tengo aquí?

MANUEL.

Si son de don Carlos, sí.

PERICO.

Tómelas vd.

JACINTO.

Pues voy  
sus órdenes á cumplir,  
porque en lances tau fatales,  
los célebres generales  
deben vencer ó morir.

### ESCENA III.

DOÑA LUISA, TOMASA, DON MANUEL

Y PERICO.

MANUEL.

Siguele, Perico, y di  
de mi parte á Carlos . . .

LUISA.

¿Qué  
queréis decirle?

MANUEL.

No sé; *á doña Luisa.*  
pero que te siga á ti, *á Perico*  
que deje el juego al instante  
y obedezca á mi mandato,  
no siendo sobrino ingrato  
quien fué ya tan mal amante

ESCENA IV.

DON MANUEL DONA LUISA Y TOMASA.

LUISA.

Y qué señor ¿conserváis  
en su favor esperanza?

MANUEL.

Yo no tengo otra confianza  
sino saber que le amáis.

LUISA.

Amarle ya fuera error.

MANUEL.

¿Y si al fin Amor le cura  
de su presente locura?

LUISA.

Es imposible señor:  
amante tan singular  
que así sus afectos mide  
y su corazón divide  
entre querer y jugar;  
no conviene desde luego,  
pues si llega á ser marido,  
el cariño que ha sentido  
lo mirará como un juego;  
y pudiera suceder  
si jugara y si perdiera,  
que él al cabo aborreciera  
con tal juego á su mujer,

TOMASA.

Entonces al escribano  
le diré vuelva á su casa.

LUISA.

Dícelo.

MANUEL.

No tal Tomasa:  
siempre es bueno que esté á mano.

ESCENA V.

DICHOS Y DON SIMEON.

SIMEÓN.

¿Puedo yo sin ser molesto  
preguntaros caballero,  
si está don Carlos?

MANUEL.

Infiero  
que no tarde.

SIMEON.

¡Malo es esto!  
señal fija que ha salido.

MANUEL.

No hay duda que fuera está.

SIMEON.

Entonces no volverá  
hasta que haya amanecido.

MANUEL.

Pues ¿qué acaso tiene vd.  
tanta prisa en encontrarle?

SIMEON.

Si señor, quisiera hablarle  
de un asuntito.

MANUEL.

Creed  
que en muy mal tiempo venis,  
y os verá de mala gana.

SIMEÓN.

Sin embargo, esta mañana  
fué de buena.

MANUEL.

¡Qué decís!  
¿Esta mañana?

SIMEÓN.

Si tal.

MANUEL.

¿Y le hablastéis?

SIMEON.

¿Por qué no?  
¿pues qué, no puedo hablar yo  
con tamaño original?

MANUEL.

Chito pues.

SIMEON.

¿Y por qué chito?

MANUEL.

¿Fué acaso por un retrato?

SIMEON.

Si señor, no lo recato.

MANUEL.

Pues que calléis os repito  
y dejadme obrar á mi.

LUISA.

¡Qué novedad ha ocurrido! *(aparte)*

MANUEL.

¿Decidme: está parecido?

SIMEÓN.

Ahora os afirmo que si.

MANUEL.

Mucho contento recibo.

SIMEON.

Por el recibo venía.

MANUEL.

¡Jesús hombre y qué manía!  
¿con que pintáis por recibo?

SIMEÓN.

No sé que queréis decir

LUISA.

¿Puede saberse el objeto  
de tan extraño secreto?

MANUEL.

Ya no es tiempo de fingir.

si Señora, lo sabréis;  
y quizá al ver tal fineza  
su ya pasada flaqueza  
al punto perdonaréis.

LUISA.

¿De qué fineza me habláis?

MANUEL.

¿Conoce vd. al señor?

LUISA.

No por cierto.

MANUEL.

Es un pintor.

LUISA,

¡Que dice usted!

SIMEON.

¿Os burláis?

MANUEL.

Tiene pincel tan divino  
que al verle es justo os asombre.

SIMEON.

¡Ay señores! lo que este hombre (*aparte*)  
tiene, es un poco de vino.

LUISA.

No os entiendo Don Manuel.

MANUEL.

Vaya pues: fuera el recato  
Dadme pronto ese retrato.

SIMEON.

¿Qué queréis hacer con él?

MANUEL.

Regalarlo á esta señora.

SIMEON.

¡Oiga! me alegro infinito,

MANUEL.

Que me lo deis os repito.

SIMEON.

Pues no puede ser ahora.

MANUEL.

¿Decid por qué?

SIMEON.

Porque es mío.

MANUEL.

¿No es de Carlos?

SIMEON.

Si me paga.

MANUEL.

¿No es igual que os satisfaga  
por él don Carlos, su tío?

SIMEON.

Si, señor, lo mismo dá

MANUEL.

Pues él pagaros ofrece,  
si el retrato se parece.



SIMEON.

¿Y si no?

MANUEL.

¿Os lo volverá?

SIMEON.

¡Graciosa está la disculpa!  
¿Y qué culpa tengo yo,  
de que se parezca ó no?

MANUEL.

¿Conque no tenéis la culpa?  
vuestra desvergüenza alabo

SIMEON.

¡Pinto acaso las personas!

MANUEL.

¿Seréis algún pinta monas?

LUISA.

De entenderos nunca acabo.

MANUEL.

Pues ahora será. Esa copia  
venga al instante, pintor,  
que yo lo pago.

SIMEON.

Señor

aquí está en su caja propia.

MANUEL.

Tomadla, y tened en cuenta  
la conducta de un tutor,

que en perjuicio de su amor  
á su rival os presenta.  
Esta imagen silenciosa  
os probará por lo menos,  
que en instantes más serenos  
pensaba en su amante hermosa,  
y así aunque el hado fatal  
de vida y ser le privó  
obtenga ella lo que no  
merece el original

LUISA.

Permitid no la reciba.

MANUEL.

¿Y por qué tanto rigor?

LUISA.

Porque su vista, señor.  
hará la culpa mas viva:

MANUEL.

Yo os lo pido.

LUISA.

Don Manuel

¿me lo pedís?

MANUEL.

Sí por Dios.

LUISA.

Lo haré por pedirlo vos,  
de ningún modo por él.

TOMASA.

Veamos pues, señora mía.

LUISA

¡Mi retrato!

MANUEL.

¿Su retrato?

LUISA.

¡Ah pérfido!

TOMASA.

¡Ah infiel!

MANUEL.

¡Ah ingrato!

SIMEON.

¿Qué diablos de algarabía?...  
esta gente perdió el juicio.

MANUEL.

¿Qué quiere decir aquesto?

SIMEON.

Yo no sé, sino que presto  
cuando encuentro beneficio:  
que esta mañana presté  
cien doblones á don Carlos,  
y que quiero recobrarlos:  
de lo demás nada sé.

MANUEL.

¿Con que vos no sois pintor?

SIMEON.

Ni lo soy ni serlo quiero.

MANUEL.

¿Luego que sois?

SIMEON.

Usurero.

MANUEL.

¡Bribonazo!...

SIMEON.

Si, señor

seré aquello que vd. quiera;  
pero venga mi retrato.

MANUEL.

No sé como no le mato.

SIMEON.

¡Quién se viera en la escalera! (*aparte*)

LUISA.

Tomadle.

TOMASA.

¿Qué hacéis?

LUISA.

Volver

este retrato á su dueño

MANUEL.

¿Y queréis en tal empeño  
que yo mire con placer,  
en sus manos, semejante  
tesoro?

LUISA.

¿Pues qué remedio?

SIMEON.

Yo no encuentro mejor medio,  
que pagarme en el instante

MANUEL.

Bien está, señor bribón:  
tendréis hoy mismo el dinero;  
y de vos Luisita, espero  
que admitiréis este don  
de mis manos.

LUISA.

¡Disparate!  
no señor, guardadle vos.

MANUEL.

¡Yo!

LUISA.

Sí, que después de Dios  
á vos debe su rescate.

TOMASA.

¡Ay que Perico entra en casa!

MANUEL.

Idos pronto al gabinete.

SIMEON.

Pero....

TOMASA.

Anda diablo ó vejete  
que nos pillan con la masa.

## ESCENA VI.

PERICO Y DICHOS.

PERICO.

Señores, disimulad:  
mi amo llega.

TOMASA.

¿Y desplumado?

PERICO.

Como un capón regalado  
por pascua de navidad.

## ESCENA VII.

DON CARLOS Y DICHOS.

LUISA.

¡Su rabia, su confusión      *(aparte)*  
en vano quiere esconder

CARLOS.

Pues señor, es fuerza hacer  
de las tripas corazón:  
no hay remedio      *(aparte)*

LUISA.

¿No llegáis?  
¿Qué os detiene?

MANUEL.

Vamos, hombre,  
nuestra vista no te asombre:  
llega, pues.

TOMASA.

¿No nos habláis?

CARLOS.

Mi propia dicha, señora,  
excusa mi aturdimiento:  
llega el misero sediento  
á la fuente bienhechora,  
y en vez de satisfacer  
en el cristal su cuidado,  
se detiene y desconfiado  
teme engañarse y beber.  
Así al felice mortal  
que halla amor y no desdén,  
le sorprende más su bien  
que le asustará su mal  
y . . . no sé lo que me digo, *(aparte)*  
bien sabe Dios.

LUISA.

Seguid pues.

CARLOS.

Aquel condenado entrés *(aparte)*  
ha de acabar hoy conmigo.

MANUEL.

¿Y al cabo que hizo el sediento?

PERICO.

Beber agua. *(aparte)*

CARLOS.

Enmudecer,  
que sobrecoge el placer  
lo mismo que el descontento.

LUISA.

La disculpa es muy discreta;  
mas Don Carlos confesad  
que en vos la seguridad  
destierra la duda inquieta;  
porque ó mucho me engañara  
ó nada teméis de mí.

CARLOS.

Y si acaso fuera así,  
decidme, ¿me equivocara?

LUISA.

No por cierto: mi retrato  
de mi afecto es buen garante.

CARLOS.

¡Oh qué venturoso instante!

TOMASA.

¡Que te clavas mentecato! *(aparte)*

CARLOS.

Tanta bondad me asegura  
que seré feliz muy pronto.

TOMASA.

Si lo será; pero tonto,  
únicamente en pintura. *(aparte)*

LUISA.

Si lo seréis, pues formal  
á don Manuel he jurado,  
que aquel que tenga el traslado  
obtendrá el original.

CARLOS.

Mi eterno agradecimiento....

LUISA.

No más don Carlos, y así,  
pues que mi retrato os dí,  
llegó, por fin, el momento  
de enseñarlo

CARLOS.

Reparad.  
que está don Manuel delante,  
y al cabo fué vuestro amante  
y puede....

MANUEL.

La voluntad  
de Luisita nos obliga  
más que nada.

CARLOS.

No resisto.

PERICO.

Y á quien se la diere Cristo  
san Pedro se la bendiga.

CARLOS.

Aquí lo traigo en el pecho....

PERICO.

¡Ay Dios! que á don Simeón  
he visto en aquel rincón.

CARLOS.

Pícaro, bribón, que has hecho  
del retrato.

PERICO.

¡Del retrato!

CARLOS.

Si; ¿qué has hecho? di.

PERICO.

Ah señor, *á don Simeon*  
hágame vd. el favor *con disimulo.*  
de prestarlo por un rato,

CARLOS.

¿Lo has perdido?

PERICO.

Lo perdí.

CARLOS.

¡Ah infame! quiero matarle.

MANUEL.

No te canses en buscarle;  
porque el retrato está aquí,

CARLOS.

Os juro Luisa querida....

LUISA.

Carlos, mi mano está dada  
á don Manuel.

MANUEL.

Y aceptada  
con el alma y con la vida.

CARLOS.

¿Así burláis mi tormento?

LUISA.

¿Por que burlastéis mi fé?

CARLOS.

No hay duda que al fin quedé  
con un grande lucimiento.

### ESCENA ULTIMA.

DON JACINTO Y DICHOS.

JACINTO.

¡Ola! ¿Qué es esto señores?  
¡Qué caras! ¡Qué gravedad!  
¿Me diréis en realidad  
si es hoy Viernes de Dolores?

CARLOS.

Ven, consejero maldito  
ven á contemplar el fruto  
de un consejo disoluto,  
y de mi vuelta al garito.  
Por ti perdi en este día  
novia, hacienda, honor, sosiego.

JACINTO.

Pero si te queda el juego  
lo demás es bobería.

CARLOS.

Por ti en fin, quedo arruinado.

JACINTO.

Pero señor don Manuel,  
para conducta tan cruel,  
Carlos, ¿qué causa os ha dado?  
Diréis qué jugó, es verdad,  
que jugó nadie lo niega,  
mas ¿quien es el que no juega  
en nuestra actual sociedad?

MANUEL

Si juega por recreación  
como noble caballero  
puede á costa del dinero  
encontrar su diversión.  
Quizá muy fácil le fuera  
y mucho más conveniente  
otra hallar más inocente  
y que menos le expusiera:  
sin embargo, siempre tiene  
en el uso la disculpa;  
y al fin ¡bien haya la culpa  
que en sí el castigo contiene!  
Pero aquel necio, que hollando  
los más sagrados deberes,  
en pos de infames placeres  
pasa su vida jugando;  
el que vive de engañar,  
el que su familia olvida,  
el que no piensa ni cuida

sino en deber y trampear;  
en fin el que ha todo precio  
juega, pierde y se envilece  
Don Jacinto, no merece  
compasión, sino desprecio.

JACINTO.

¿Y hay remedio?

MANUEL.

Por mi

no le encuentro.

LUISA.

Yo tampoco.

JACINTO.

Pues aunque me llaméis loco,  
yo le aseguro que sí.

MANUEL.

¿Cuál es pues?

JACINTO.

¡Toma! Jugar.

MANUEL.

¿Y así que puede obtener?

JACINTO.

Algunas veces perder,  
pero otras veces ganar:  
vaya, Carlos, no te apures,  
ten un poco de cordura,  
pues se cifra tu ventura

en unos cuantos albuere.  
Si los ganas mil contentos  
conseguirás....

MANUEL.

Pero injustos.

JACINTO.

Y placeres....

MANUEL.

Y disgustos.

JACINTO.

Goces....

MANUEL.

Y remordimientos

JACINTO.

Riquezas....

MANUEL.

También cuida dos

JACINTO.

Y envidiosos....

MANUEL.

Y enemigos.

JACINTO.

Y amigos....

MANUEL.

Pero ¡qué amigos  
tan viles y desalmados!

JACINTO.  
Nada pues te faltará  
sigue tan dulce carrera,  
y la recompensa espera.

CARLOS.  
Todo eso muy bueno está  
pero ¿y si pierdo?

JACINTO.  
¡Demencia,  
igaorantisimo acuerdo!

CARLOS.  
Pero responde: ¿y si pierdo?

JACINTO.  
Si pierdes, tendrás paciencia,

CARLOS.  
¿Pero al cabo sin dinero  
quién vive?

JACINTO.  
Viven cien mil.

CARLOS.  
Pero . . .

JACINTO.  
Calla, por San Gil,  
que me seca tanto pero;  
y en fin, por punto final,  
á nadie le falta, hermano,  
un hospicio si está sano,  
y si eafermo un hospital.

CARLOS.  
¡Ay Jacinto! con dolor  
ahora mismo llego á ver,  
que has pintado sin querer,  
el final de un Jugador.

